

DEDICATORIA.



A IGNACIO ALBARRACIN CAMARGO.

Ignacito querido. Eres un niño, un infante; aun no has llegado á la edad en que la razón empieza á dirigir al hombre; has vivido cuatro años. Un día, mediante Dios, sabrás leer y verás estas páginas que algunos amigos de tu padre han escrito junto á su sepulcro recién abierto. Leelas atentamente, pues por ellas conocerás, con noble satisfacción, que tu padre fué bueno, generoso y magnánimo, y que debes imitar sus virtudes. Sé tú también honrado; huye de los malos. Sostén las buenas causas, aunque los que las defiendan sean tus enemigos. Combate el mal, aunque lo sostuvieren tus amigos y copartidarios. Sea tu bandera la justicia, el derecho, la equidad, el bien; aunque la lleven algunas veces manos antipáticas.

Ama á tu virtuosa madre y á tus bellas hermanitas María y Sara, y si necesario fuere, sacrificate por ellas; tu vida es de Dios, de tu patria y de los tuyos en sangre y amor.

Lee atentamente el Telémaco para aprender á vencer tus malas pasiones; á amar la libertad, el trabajo y la industria; y á aborrecer la tiranía, la usurpación, el despotismo y esas guerras injustas que promueven la ambición y la soberbia humana, de las cuales pasiones fué presa, entre otros muchos, un rey que legó á su siglo su nombre odioso, escrito con sangre.

Lee y relee el Gil Blas para aprender la ciencia más importante en el mundo:  LA DE NO DEJARTE ENGAÑAR.

Haz bien á cuantos puedas; pero no abrigues ni alimentos serpientes, porque luego te morderán. ¡ Oh, si tu padre pudiera hablar hoy !!

Perdona á los miserables que, movidos por una sordida avaricia, pretendan infamar la memoria sagrada de tu padre. *

Cuando tú seas hombre, yo habré desaparecido de la tierra, arrebatado por la corriente eterna de la muerte. Ahí queda tu noble madre: ella te aconsejará y será, naturalmente, tu mejor amigo. Óyela y obedécele.

Dicen que aves siniestras revolotean ya cerca al sepulcro y á las haciendas de tu padre, silbando las palabras *amor, amistad*. Si esas aves, de mal agüero para tí y tus hermanitas, llegaren á posarse en tu hogar, les

* El señor don Ignacio Albarracín, con quien tuvimos conversaciones íntimas, quería mejorar á su hijo Abdóx en todo lo que legalmente le era permitido, y aun resolvió otorgarle escritura de venta de la mayor parte de sus intereses; pero Abdóx no accedió á esto ni á aquello. Abdóx era un cumplido caballero y un hermano desinteresado y generoso.

haremos fuego; no fuego que mate, pero sí fuego que les envenene la existencia y haga desfilar por frente á sus nidos espectros y sombras fatídicas, en esas horas melancólicas y solemnes en que la naturaleza calla y duerme.

La voluntad de tu padre se cumplirá mientras vivamos sus amigos verdaderos.

Tu noble madre no caerá en la tentación vulgar ni cometerá la crueldad de darte un padrastro. Menos malo sería quitarte la vida que llamar á un extraño á ocupar el lecho de tu padre y á disponer de sus intereses materiales que hoy son tuyos y de tus hermanitas.

¡ Oh no! tu noble madre, retrato fiel de las mujeres fuertes que nos pinta la biblia de los cristianos, no cometerá la crueldad de darte un padrastro. Pero qué hará con su juventud, su hermosura y su belleza? preguntará algún sensualista. ¿ Acaso la hermosura y la belleza no tienen más objeto que entregárselas á un hombre — tal vez avaro, egoísta, indolente y cruel?

Responda la vírgen santa, pudorosa y bella que va á buscar á Dios en la soledad.

Responda la amable y preciosa Hermana de la caridad que abandona patria y hogar, atraviesa los mares y va á recibir la muerte en un hospital ó en un campo de batalla por curar las heridas de sus hermanos.

Pero tu noble madre no tendrá que sacrificarse ni en la soledad, ni en el hospital, ni en el campo de batalla para cumplir con su deber; porque un vínculo tan suave como santo, tan dulce como sagrado, la ata al hogar que

estableció tu padre: ella tiene hijos, uno de los cuales eres tú, Ignacito querido.

Aves siniestras me hicieron poner punto á los consejos que te daba. Dos más para concluir:

No vulgarices ni prodigues tu amistad; estudia bien á los hombres con quienes pienses hacerla. Que tu amistad sea la flor que nace en el bosque, no la que brota en la vera de un camino.

No recibas servicios ni favores, aparentemente gratuitos, de la gente baja, porque después te los cobrarán muy caros.

Si alguna vez fueres al templo de Baco, que sea para estudiar la humanidad *desenmascarada*; no para hacer libaciones á esa deidad indiscreta, asquerosa y degradante, á la cual nunca rindió culto tu padre.

No ocultes á tu buena madre nada de lo que hagas ni de lo que te digan los hombres.

Oye más bien la voz de tu conciencia que la de la sociedad, porque la sociedad es injusta y versátil: tiene una balanza para el rico y otra para el pobre, una para el fuerte y otra para el débil; lapida al mendigo y corona al poderoso.

Que seas bueno y feliz, es en estos instantes el más vehemente deseo de tu amigo verdadero,

MATEO DOMÍNGUEZ E.

ABDÓN ALBARRACÍN.

El 11 de Noviembre del año pasado de 1884 falleció en Sogamoso este distinguido ciudadano. Sus amigos han querido que su vida sea conocida por aquellos que no tuvieron la fortuna de estrecharle la mano de amigo.

En atención á estos deseos voy á ensayar un bosquejo de esta útil existencia, que al apagarse vistió de luto la sociedad y el hogar.

Nació en Gámeza el 30 de Julio de 1835; de manera que contaba cuarenta y nueve años de edad en el de su muerte.

En su niñez fué débil, de una complexión extremadamente delicada, que lograron combatir las acendradas atenciones de sus padres, señor Ignacio Albarracín y señora Concepción López, quienes concentraron en este hijo todos sus afectos, y en quien tuvieron siempre grandes esperanzas á vista de su habitual bondad, la energía de su carácter y la nobleza de su alma; esperanzas que no se frustraron jamás.

Aquel niño enclenque tornóse en un robusto joven de bella presencia, de finos modales, y alcanzó esmerada educación en los diferentes colegios á donde fué enviado, y en donde se distinguió por su aprovechamiento unas veces, otras por la lealtad para con sus amigos, y siempre por la defensa del débil á cuyo servicio se ponía contra los ataques y el mal carácter del fuerte entre sus condiscípulos.

Al partir de la escuela primaria, el Colegio de Boyacá fué el primer establecimiento que pisó Abdón, y de donde sacó, por la especial manera de ser de aquellos claustros en esos tiempos, esa genial franqueza, esa independencia de espíritu que dominaron toda su vida y

que no pudo debilitar en lo mínimo el seminario de Jesuítas á donde fué llevado en seguida ; seminario donde se aprovechó tanto de las materias á cuyo estudio le dedicaron, no obstante el poco tiempo que subsistió el establecimiento después de su entrada en él.

Eliminado el colegio de Jesuítas volvió nuevamente al colegio de Boyacá, en donde iba á encontrar amigos que no debía olvidar jamás, y que pagaron la admiración, el cariño y el respeto que les profesó siempre, viniendo á cerrarle los ojos y á llorar sobre su cadáver.
33 años de amistad constante hacen honor á la elevación moral del que se fué y de los que se quedaron.

Corría el año de 1851 en que debía estallar y estalló la revolución preparada tan hábilmente por el doctor Mariano Ospina para derrocar el orden de cosas existente entonces. Tunja tuvo su parte en esta emergencia. Allí, como en Antioquia, Bogotá, Cauca, Mariquita, y en todo el territorio de la Confederación debía caer el Gobernador ; pero el Gobernador no cayó porque tenía defensores. Entre esos defensores estaba un niño de diez y seis años de edad ; este niño era ABDÓN, que en el gran día se presentó el primero en defensa del Gobierno y de las instituciones. Desde ese día quedó definitivamente afiliado al partido cuyas doctrinas profesó hasta su muerte.

Fué luego al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario : esos claustros donde se han fundido las más grandes almas de este país ; donde hallaba la juventud las verdaderas puras fuentes de la filosofía ; donde ha aprendido positivas lecciones de justicia, derecho y libertades, y encarnado luego en instituciones que han sido el rico y bello patrimonio de Colombia. En este establecimiento fué tallado el espíritu del hombre cuya vida estudiamos.

La revolución del 17 de Abril de 1854 lo sorprendió

en este plantel. Ya el 20 de Mayo del año anterior trescientos estudiantes encabezados por el doctor Nicolás Pereira G. se habían dirigido á casa del Gobernador solicitando armas para defender el Congreso amenazado por los artesanos y el populacho de la capital, que le solicitaban la expedición de una ley antieconómica de aduanas; entre esos estudiantes que ofrecían su saugre generosa en defensa de los Representantes de la Nación ultrajados el día anterior, estaba ABDÓN que con su noble corazón de diez y ocho años, y con toda la convicción de que es posible la juventud, asistía en aquellos días á todas las escenas y se prestaba á todo sacrificio en homenaje á la patria.

En los primeros momentos de la guerra no pudo ABDÓN salir de Bogotá para tomar su puesto en el campamento de los constitucionales, pero quedó allí prestando cuantos servicios le fué posible prestar á su causa, aunque perseguido á muerte por los sicarios armados de Melo.

Era absolutamente indispensable que saliera de casa del señor Green, Ministro Norte-Americano, donde estaba asilado, el señor José de Obaldía, Vicepresidente de la República, pero se necesitaban valientes que lo ayudaran y acompañaran en la salida. ABDÓN ofreció su brazo al Vicepresidente y con él su vida á la República, porque la muerte y no otra cosa era lo que debían esperar los que semejante empresa acometieran, si eran descubiertos en ella.

La felicidad coronó la obra, como se sabe, y ABDÓN y sus compañeros se burlaron del peligro.

Por lo pronto creyó cumplida su misión en Bogotá, y con mil trabajos y mil dificultades llegó á Tundama á ayudar y entusiasmar los ánimos en contra de la dictadura que humillaba la Nación.

Pasada la lucha volvió al Rosario, donde concluyó su carrera de Abogado; de allí regresó al hogar. Desde este momento perteneció todo á la familia. Buscó el trabajo, se dedicó á él, hizo varios viajes á Casanare, y con apoyo y protección de su padre adquirió regular fortuna.

El pensamiento que lo dominó entonces fué la prosperidad del territorio de Casanare, que creyó siempre inagotable fuente de riqueza y de porvenir para los que los buscaran en el trabajo y en la lucha. Pensó entonces que el ahorro hecho pudiera servirle para ir á Europa ó á los Estados Unidos á estudiar la manera de fundar un establecimiento sobre el Meta y traer los elementos necesarios; idea bellísima que hubiera llevado á cabo, si fuerza mayor y la mala fe de los hombres no le hubieran arrebatado el fruto de su trabajo, y con esto hecho pedazos, por el momento, la base de sus sueños.

Los hombres generalmente luchan á brazo partido con la naturaleza cuando ésta parece obstinarse en impedir que coronen su obra: no se detienen ante el clima que los mata, ante el temporal que destruye sus bienes, ante el naufragio que los abisma, ante el incendio que los consume: de las cenizas levantan y reconstruyen la obra; pero ante el engaño y la infamia de los hombres, decaen y se abaten y vacilan en emprender nuevas conquistas.

La decepción del hombre así, lo desalienta; se hace preciso que descanse, que pase el tiempo, para que, si es posible, pierda esas memorias ingratas. Esto hizo ABDÓN entonces.

Su padre era suficientemente rico, no digo para que le satisficiera sus más apremiantes deseos, sino para que los llenara con fausto; pero él, lejos de multiplicar sus gastos, de irse á vivir á grandes poblaciones para doblar sus necesidades, permaneció en el pueblo de su naci-

miento ; se dedicó á leer y leyó con provecho ; aprendió en los libros, debido á sus brillantes capacidades, las verdades prácticas de la vida, como si su teatro hubiera sido el gran mundo y las altas sociedades.

ABDÓN se instruyó bastante, pero jamás hizo gala de su instrucción. Su conversación era fácil y sencilla, acomodada siempre á la naturaleza de la persona con quien hablaba ; nunca apareció pedante, al contrario, se hacía ameno y agradable. Relataba siempre episodios de su vida de colegio, exagerando sus extravíos, y haciendo reminiscencias de condiscípulos queridos, cuyos nombres despertaban en su alma recuerdos que lo hacían dichoso ; gozaba entonces, y era en esos momentos cuando se veían en el fondo de aquel hombre la bondad y el cariño inextinguibles de que era capaz para con las personas en quienes depositaba sus afectos.

En el año de 1867 perdió á su padre ; desde aquel año se creyó en la obligación, y la cumplió satisfactoriamente, de velar por su familia, y hacer por su pueblo, en vía de mejoramiento, cuanto le fuese posible : en fin, sucedió á su padre en los caros deberes que la naturaleza y su propia conciencia le habían impuesto.

En el año de 1870 el descontento de muchos boyacenses había llegado á su colmo por actos que juzgaban impropios de su dignidad y soberanía. Asuntos de administración dividieron entonces á los hijos del Estado ; en uno y otro bando de los beligerantes había liberales y conservadores. Los partidarios de la revolución se dispusieron á todo género de sacrificios, á cambio de la pureza en la práctica de las instituciones que creían ultrajadas por la mano de los gobernantes.

ABDÓN fué uno de los que con más entusiasmo y más fé emprendieron la caída del Gobierno : hizo juntas, viajó en todas direcciones, preparó la opinión, acumuló ele-

mentos, y fué el primero que dió el grito de guerra en el Estado, grito á que contestaron todos los departamentos, poniendo á su cabeza los hombres principales de la revolución.

La revolución obró con el efecto del rayo. Dos jornadas bastaron para derrocar el Gobierno: un ligero tiroteo el 12 de Enero de 1871 en Sogamoso y una batalla el 22 del mismo mes y año en el alto de Soracá.

Abbón asistió á ambos encuentros de armas, cumpliendo su deber. Del número de vencedores, y de los que más habían contribuido á la obra que veían consumada en Soracá, no tuvo sobre el campo, después de la victoria, sino palabras de amparo y su abrazo generoso para los vencidos prisioneros.

Quiso retirarse y se retiró en seguida á su casa á ver sus intereses, que, como se comprende, fueron predilecto objetivo de sus enemigos en la corta campaña que terminaba, y que fueron declarados por ellos como indispensables para el sostenimiento de la guerra.

De allí fué llamado á desempeñar la Jefatura civil y militar del departamento de Tundama, como persona á propósito para fundar un gobierno benéfico en horas en que todavía se hallaba alterado el orden público.

Lo primero que hizo fué proteger, por decreto, la vida y propiedades de los que habían declarado las suyas como necesarias para cubrir los gastos de la guerra. . . . Arranques de esta naturaleza eran comunes en una alma privilegiada como la suya, templada al fuego del bien.

La contra-revolución no se hizo esperar, y entre otras, la disensión profunda entre los caudillos de la revolución victoriosa era la principal de las causas que provocaba su triunfo.

Esto empezó á debilitar la confianza en los fecundos

resultados que se prometían, y algunos hombres, entre ellos ABDÓN, que no aspiraban á otra cosa que al triunfo de la idea, quienesquiera que fuesen los hombres que la llevasen á la práctica, si no desmayaron fué por exuberancia de patriotismo, juzgando que el tiempo y las circunstancias matarían el veneno que corroía las entrañas de la revolución, y les haría ver claro á sus hombres la situación general.

ABDÓN fué el primero que con el escuadrón "Sogamoso," formado aquí, y con un batallón, el "Cazadores," de que antes había sido primer Jefe, peleó con las primeras fuerzas organizadas en Labranzagrande en defensa de la contra-revolución, derrotándolas completamente en el puente de Corrales.

Una serie de acontecimientos precipitan el 3 de Mayo, en que la contra-revolución queda definitivamente vencedora en Paipa. Derrotados allí, ABDÓN y algunos compañeros se dirigen á Santander á ver si les es posible, por enganchamiento, hacinando medios, purificados un tanto con la derrota y buscando nuevos apoyos, rehacer la revolución caída.

En el mes de Septiembre vuelve ABDÓN á Boyacá á completar cuanto se necesita para la reacción; trabaja, lucha sin descanso, llega á Tunja, á donde debía venir, y vino, un comisionado de Cundinamarca que traía nuevos planes para la revolución, pero ya no era tiempo: el señor General Venancio Rueda había dado nuevos rumbos á la política, había desarmado con fundadas esperanzas de reforma á los enemigos del Gobierno, y en concepto de ABDÓN y sus compañeros la paz así, honrosa, era más halagüeña que la guerra, supremo y último recurso de los pueblos oprimidos.

ABDÓN se retiró entonces al trabajo de su casa, para reparar con él el tiempo invertido exclusivamente en la

política, y el desfalco sufrido en sus intereses por consecuencia de la guerra.

En el año de 1873 se casó con la señorita Adriana Camargo, y entonces empieza nueva vida para él; el hogar le presta en sus misterios nuevos goces, placeres infinitos, que se acendran, desarrollan y multiplican en el amor de sus hijos.

Su único pensamiento es ellos; el porvenir de sus hijos es el eje sobre que gira toda su vida; si acepta honores, si busca fortuna, si apetece felicidad y vida es para cubrir con ellos á su esposa y á sus hijos.

La educación de los niños, particularmente de las mujeres, le preocupa inmensamente; sus deseos de darla completa eran inagotables, pero esos deseos los truncó la muerte. Cuando iba á realizar su propósito, cuando la necesidad lo ponía en el ineludible deber de empezar á laborar la suerte de sus hijos, la enfermedad lo ataca y lo derriba. Y, cuántos sueños muertos, cuántas esperanzas frustradas, cuántos desvelos inútiles, cuántas ilusiones quebrantadas en presencia del destino que inexorable, durante cinco meses de enfermedad, le mostró la fosa como término único á sus cuidados paternos!

Pero la nobleza de su alma salvaba los lindes de la familia, cubría la sociedad y se espaciaba en la patria.

Su pueblo particularmente, el pueblo de Gámeza, sintió por muchos años su benéfica influencia; el delito huyó de allí porque tenía un enemigo formidable, armado de caridad, razón y energía. Dondequiera que presentía el mal por el odio, la envidia ó alguna pasión irascible, allí ponía su mano y lo curaba todo. El respeto, el amor y el conocimiento que tenían todos los hijos de ese pueblo del desinterés de Abdón por su felicidad, hacía que atendieran su presencia y respetaran su voz.

Toda mejora material que necesitaba el lugar la emprendía él; fundó escuelas primarias, regimentadas por los nuevos métodos, para ambos sexos; fundó una escuela de música; en fin, trató, por todos los medios posibles, de levantar el nivel moral y material de ese pueblo.

Viviendo ABDÓN, el pobre no tenía allí hambre ni desnudez; y no culminaba jamás en la suprema amargura porque tenía esperanza: no tenía hambre, porque las siembras eran para él, si las necesitaba, sin comprarlas; no tenía desnudez, porque ABDÓN lo vestía si su trabajo y sus capacidades no alcanzaban á tanto. Si se enfermaba, en su casa estaba el remedio, y si moría y no tenía la mortaja para cubrir sus despojos, allí se le daba. Las autoridades no podían burlar la ley en contra del débil, porque allí estaba ABDÓN; en suma, este hombre sublime era la providencia de ese pueblo.

El verano de 1878 hizo, sobre todo en esas poblaciones, que el pobre perdiera sus cosechas y no diera abasto para alimentarse y alimentar sus familias. ABDÓN tenía llenos sus graneros, y en vez de aprovecharse del privilegio natural, concedido por las circunstancias, los pone en su casa á la venta por menor, al precio de los años de abundancia. A nadie vende por mayor; por qué? porque es para el pobre, dice, que tiene hambre, que no tiene con qué comprar ni lo absolutamente indispensable para sus mujeres y sus hijos; porque no quiero que se negocie con la desgracia de estas pobres gentes. Así ayudó ABDÓN á sostener y aliviar á los pobres de esos pueblos del peso de la escasez.

Es proverbial la generosidad de ABDÓN para con todos los que llegaban á su casa: la atención, las consideraciones, los cuidados y exquisita mesa con que eran servidos sus huéspedes; pues bien, lo mismo que era para los ricos, era, relativamente, para los pobres.

Orgullosa debe sentirse una sociedad cuando tiene en su seno un hombre de esta naturaleza, que se consideraría como una idealidad, si todos por aquí no hubiéramos palpado su existencia, si algunos no hubiéramos mirado de cerca esta grandeza moral.

Si ABDÓN soñaba ilimitados horizontes para su familia, al pensar en la cual decía: "si serán algo mis hijos!" si lo animaban tan elevados deseos para con el lugar de su nacimiento, que le arrancó infinidad de veces esta exclamación: "quién pudiera hacer de estas breñas un gran pueblo!" si su decisión por la sociedad y por el pobre enfermo, desnudo y hambriento, lo llevaban á proceder como hemos visto arriba, su amor por la patria era inmenso.

En el año de 1876 se desató la guerra civil, y Boyacá en estos departamentos le debió el positivo servicio de impedir que se recrudecieran los ánimos en la lucha, evitando que ésta tomara cuerpo, persiguiendo y destruyendo al nacer, las guerrillas que se levantaban; así derrotó en el Portachuelo la respetable guerrilla que, á órdenes de Zubieta, amenazaba tomar grandes proporciones y con ello crear conflictos para el Gobierno y para el Estado; así desbarató la guerrilla organizada en Iza, evitó que la de Palermo sentara su pie en el valle, y la del Norte invadiera á Tundama con las lecciones que le dió en Socotá y Cheva. A marchas forzadas llegó á Susacón para ayudar á evitar un desastre á sus armas.

Asistió en el Cocuy, á órdenes del General Gabriel Vargas S., á la destrucción completa de las fuerzas armadas del partido conservador en el Norte del Estado.

A vista de sus servicios en todas las épocas de su vida, su causa lo condecoró con el título de General, y el pueblo lo eligió multitud de veces á la legislatura del Estado; fué llamado seis años á la Cámara de Re-

presentantes; tuvo muchos nombramientos oficiales; pero no aceptó nada sino cuando vió que su causa ó la patria demandaban sin apelación su asistencia en el poder, cuando vió misión doctrinaria que cumplir ó noble procedimiento que llevar á cabo.

Así asistió dos ó tres veces á la Asamblea; fué los años de 76 y 82 al Congreso, puestos en los cuales prestó su contingente de honradez y buena fe, hasta el punto de conquistarse la estimación de sus mismos enemigos, por su carácter y firmeza de alma, tan raros en estos tiempos en la práctica de la política; y aceptó, pasando la guerra de 76 y 77, por exigencia de la situación, y por dos ó tres meses, puesto en el Gobierno civil del Estado como Prefecto de Tundama. Se necesitaba su presencia en ese puesto para hacer efectivo el triunfo aquí, sin violencia, sin depredaciones, sin vejación para los vencidos.

El batallón "Gámeza," que lo acompañó siempre en la última campaña, lo pagó de sus propios recursos cuando el Gobierno no le suministró fondos ó los que le suministraba fueron insuficientes, sin que llegara jamás á cobrar ajustamientos militares.

Nunca cobró suministros por las pérdidas ocasionadas por las fuerzas revolucionarias. Una y otra cosa reconoció el Presidente del Estado en el decreto de honores que con motivo de la muerte de Abdón expidió y que acompaña estas páginas.

Igual procedimiento tuvo en todas las guerras á que concurrió con su persona y propiedades; jamás hizo valer sus servicios; jamás se hizo colmar de los honores á que tenía pleno derecho por la oportunidad y valor de esos servicios. Creía cumplir únicamente su deber y lo cumplía, yéndose en seguida á su casa, después de haber prestado sus influencias, su entusiasmo y su espada á la

causa de sus convicciones, sin otra remuneración que la satisfacción de su propia conciencia.

En sus últimos años aquel joven emprendedor, vigoroso, aquella organización que parecía invulnerable, fué decayendo visiblemente; el paso de los años y el pensamiento continuo fueron amortiguando la luz de sus ojos, velados casi por los párpados que cortaban por mitad el iris; las mejillas llenas por la juventud se enjugaron, la cabeza y barba empezaban á platearse, se había, en fin, verificado en él una completa transformación física; pero la parte moral permanecía la misma; la misma bondad, el mismo carácter, si se quiere, suavizado por el hogar; la misma energía, pero mayor inteligencia, ilustrada por la práctica y por la experiencia.

Cinco meses antes de morir perdió una de sus hijas; este golpe fué terrible para él, y apresuró el mal que venía minando su existencia, probablemente hacía algunos años.

Sus últimos días fueron de angustia; y cómo no, si iba á dejar su familia expuesta á los azares de la suerte! La enfermedad fué larga y dolorosa sin que bastaran los cuidados de su santa hermana la señora Juana Albarra-cín, las lágrimas y esfuerzos de su abnegada y virtuosa compañera para disputarle aquella presa querida á la muerte.

Falleció con la calma de que hacen gala las gentes sencillas cuando muere un justo.

Aquí queda consignada á grandes rasgos la vida de un hombre que respetó las leyes de la amistad, del honor y de la decencia llevados á sus últimos términos. En la losa de su sepulcro se grabarán estas palabras que sintetizan su vida: Amor, Caridad, Patriotismo.

L. IZQUIERDO.

Sogamoso, Noviembre 11 de 1885.

A MI AMIGO

SEÑOR ABDÓN ALBARRACÍN.

Muerto el 11 y sepultado el 13 de Noviembre de 1884.

Tu cadáver, empapado en el llanto de tu inmaculada esposa y rociado con las lágrimas de tus hermanos y amigos, acaba de ser sepultado en el cementerio de este lugar recóndito, donde escucho un lamento desgarrador que empieza en tu hogar y encuentra un eco prolongado en las mansiones humildes de pobres campesinos.

No volveremos á verte ya en la tierra, querido y noble amigo. Tu palabra consoladora y vivificante no llegará ya á nuestros oídos, porque la muerte, contra la cual luchamos largos días, cerró y selló tus labios; ni estrecharemos ya tu mano generosa, porque quedó tronchada y yerta.

La noche acababa de cubrir con sus sombras el cielo y la tierra; inclinada sobre tu lecho mortuorio estaba tu esposa, que había velado tus dolores y, llorando, velaba tu agonía; yo veía á la muerte, sorda á los ruegos de tu inmaculada compañera, extender sobre ti sus negras alas.

Tu último adios, que resuena aún en el fondo de mi alma, fué una bendición, porque lo dirigiste á tu esposa, cuyo nombre pronunciabas á cada instante, como pronuncian otros moribundos el nombre de María: cuando el hombre va á partir de la tierra, suele bendecir los presentes del cielo por gratitud, ó con la esperanza de que reaparezcan en las regiones misteriosas de la eternidad, á continuar una dicha interrumpida por la muerte, reina sombría, implacable y cruel, enemiga de la constancia en la felicidad. La muerte pone fin á muchos dolores;

pero también sepulta en sus tinieblas dulces ilusiones y bellas esperanzas.

Sobre tu tumba caen las lágrimas preciosas de tu virtuosa compañera, ángel de tu hogar que iluminó y embelleció con su inocencia y sus virtudes. Guárdete ese ángel su amor y lleguen hasta el cielo sus perfumes. Vela tú por él: préstale tu apoyo en la peregrinación de la vida, y tu fuerza y valor en los combates que, contra los innumerables y engañosos agentes del mal, tendrá que sostener para continuar siendo la digna madre de tus hijos y la heredera de tu nombre. Cúbránle con sus alas los serafines de Dios, como cubren la cuna del infante lloroso y puro que acaba de nacer en la orfandad.

Tus amantes hermanas lloran también. El llanto de la mujer canta tristemente las virtudes del hombre por cuya ausencia se vierte, y sube á regiones etéreas. Si la esperanza es el rocío del cielo, el llanto de la mujer es la lluvia de la tierra. Sediento del primero, gimo esta plegaria: “Vuelva yo á verte, amigo mio! Vuelva yo á oír tu palabra consoladora!”

Triste y desolado pienso en ti, y trato de iluminar de alguna manera la soledad de mi alma, donde penetra la lobreguez de tu tumba y se levantan como catafalcos los recuerdos de mi primera juventud, que se enlazó con la tuya en los claustros de un colegio y al pie de los altares de la amistad, bañados en otro tiempo con la luz hermosa del sol de primavera. Cuando sobre ellos empezaba á caer la nieve del invierno, desapareciste arrebatado por el soplo irresistible de la muerte. Hoy, solo y triste, como viajero cansado en un desierto, lloro al ver esos altares enlatados, donde la antorcha de la amistad vierte fúnebres resplandores. Los recuerdos de nuestra juventud son flores que cojo en el campo lóbrego de mi alma para llevar á tu sepulcro.

Bajo un cielo nublado, sin más porvenir que una tumba, voy por la pendiente de la vida, recordando ilusiones y esperanzas de mi alma, que han desaparecido como desapareciste tú. Triste es vivir largos años en la tierra, porque al fin se encuentra el hombre bajo un cielo sin astros y en un campo de sombras, osamentas y sepulcros, sin amigos que lo acompañen á llorar; sus acentos no hallan eco en las mansiones de los vivos, sino en el recinto de los muertos, en los espacios estrechos de las sepulturas.

El cielo, á pesar de sus inmensos luminares, me oculta tu alma, y la tierra, tus despojos. Has venido á ser para mí una esperanza y un misterio que me hace bajar los ojos llorosos hasta el fondo de tu sepulcro; mas reanimado por aquélla, levanto una mirada velada por las lágrimas que brota la roca de mi dolor.

Perdón, amigo mio, si alguna vez extraviado te ofendí. Por huir de hombres que ponían espinas en el camino y sombras en el cielo de mi vida, me alejé de ti que no dabas sino flores y luz. Arbol benéfico, á tu lado buscaron arrimo serpientes que jamás pudieron envenenar tu savia ni tu corazón. La expresión de mis sentimientos necesita más de pretéritos que de futuros, porque me hallo en la tarde de la vida y pienso en lo que ya pasó.

Yo he bendecido con gratitud filial la memoria de tu padre, fuente fecunda de bienes que alcanzaron hasta mí. Bendigan así la tuya los amigos de tus hijos.

No busco ya ni consuelos ni esperanzas en la tierra. Me complaceré en mirar los sauces y cipreses que enlutan con su sombra apacible la entrada del sepulcro, á la cual va aproximándose velozmente mi desgraciada existencia, pobre tabla rota que la corriente rápida del tiempo lleva á los abismos de la eternidad, en donde se han

hundido tantos seres queridos, cuyo recuerdo no han podido borrar mis lágrimas. Oh no ! las lágrimas no son ni esponja ni fuego ; no borran, ni absorben, ni calcinan ; fertilizan el campo donde está su manantial, que se halla lejos, muy lejos de los bosques del olvido. ¡ Ay, cuántas veces he querido penetrar en esos bosques que bañan las aguas del Leteo, para vivir y morir allí ! pero siempre he encontrado en su entrada sombras sagradas que han detenido mi paso, no con espadas de fuego, sino con la evocación de afectos que fueron sarcóticos de mi corazón. ¡ Oh padres, hermanos, amigos ! Vedme aquí solo en el camino de la vida, pensando en vuestros afectos consoladores que en noches tristes y calladas he oído gemir en el lecho helado de tus tumbas.

Flores de la gratitud, del amor, de la amistad ! siempre vivas del alma ! En otros tiempos me servíais para coronar en vida á los que amé. Servidme ahora, empapadas en lágrimas, para adornar las piedras funerarias que cubren sus despojos : allí donde la muerte nos presenta sus trofeos, aparezcan sencillos y puros los emblemas de la inmortalidad.

Adiós, amigo verdadero, amigo noble, amigo generoso, adiós ! Yo pasearé mis miradas melancólicas por los cementerios, visitaré tu tumba, y evocaré allí tu sombra para avivar en mí el recuerdo de tu preciosa amistad y de tus acciones nobilísimas.

Si el espíritu humano fuere libre en las mansiones de ultratumba, yo te buscaré cuando muera, para continuar una amistad que comenzó en la tierra y que, como todos los sentimientos elevados y puros, demanda de la bondad de Dios una expansión infinita.

Gámeza, Noviembre 13 de 1884.

MATEO DOMÍNGUEZ E.

LA VISITA DEL DOLOR.

A MI AMIGO EL DOCTOR LUIS IZQUIERDO.

En la tumba del ciudadano General Abdón Albarracín.

Ya las sombras de la noche iban surgiendo en Occidente. La pupila inflamada del sol al espirar arrojaba en la bóveda azul torrentes de su luz amortiguada, que semejaban los últimos resplandores de un incendio lejano.

Era la hora de la tarde: los rayos del crepúsculo que oscilaba, las brisas apacibles murmurando, las estrellas que apenas se destacaban de entre el confuso tul del firmamento, el triste gemido de la naturaleza que se dormía, todo invitaba á meditar.

En estas horas de suprema calma en que quieta y tranquila la conciencia parece dormitarse en el pasado, la fantasía prende todos los rayos de su luz en el cerebro, y el alma, lejos de las visiones terrestres, parece sacudir sus blancas alas del polvo que las cubre, y tiende su vuelo majestuoso á lo infinito, como una garza sobre el móvil lago para cruzar la superficie azul!

Con todas las armonías de aquella naturaleza triste, tan triste como estaba entonces tu alma, nos dirigimos al cementerio del poblado; la gratitud y el cariño dirigían allí tus pasos, la amistad guiaba los míos.

Al pasar el dintel de aquellas casas de los muertos parece que la algazara de la humanidad queda detenida á la puerta, y solo se percibe algo como los rumores de un mundo desconocido!

La fe, con su antorcha en la mano, pretende iluminar más allá de esas tumbas, regiones desconocidas, y dice á la humanidad: "Seguid."

La ciencia, inflexible y de pie con el escalpelo en la mano, sonríe en presencia de la muerte, y dice á la humanidad: "Yo no hallé el alma en el cerebro humano."

La Filosofía, erguida y severa, solo responde á los gritos de la multitud, mostrando el polvo convertido en polvo.

Entramos al cementerio; las cruces esparcidas á uno y otro lado señalaban las tumbas de los labriegos haciendo compañía á la del hombre que había sido para ellos el padre y el hermano, la providencia y el amigo. . . parecían con el silencio de la muerte respetar aun su amor y su memoria! . . .

Al fin llegamos á la pequeña capilla que corona la parte occidental del cementerio. Allí estaba la tumba del hombre esclarecido que íbamos á visitar: **ABDÓN ALBARRACÍN.**

Él había sido todo para ti, y en corazones tan bien puestos como el tuyo, la gratitud no es un deber, casi es una pasión.

Mudos y de pie contemplámos largo rato la lápida mortuoria que cubre aquellos restos tan queridos!

Queríamos con el calor de la mirada derretirla para buscar tras ella la verdad. Mas ay! qué habríamos hallado? el cuerpo descompuesto, el polvo mudo! . . . sordo á nuestras plegarias y sordo á nuestros ruegos.— Cuántas veces allí de rodillas, la blonda cabellera descompuesta, y sus grandes ojos preñados de lágrimas, alzados al cielo, lo había llamado su joven y hermosa compañera. Mas ay! ni el calor de sus lágrimas, ni el ruido de sus plegarias, ni el brillo de sus ojos lo pudieron reanimar. En vano sus tiernos hijos, asidos del traje de la madre, transidos por el frio de la orfandad, gritaban: "padre, padre mío"; aquellas voces infantiles, que habían sido el himno melodioso que lo despertaba en

sus últimas auroras y el ruido apacible que lo dormía en sus noches de sufrimiento, no lo despertaron ya de aquel sueño ! Y por eso tu voz al gritarle : “ amigo, amigo mío,” volvió á ti como las olas que se estrellan contra el peñón ; no tuvo eco, que el sueño de los muertos no termina.

Cuántas veces también he llegado á la tumba de mi padre, y conduciendo allí á mi madre desventurada, que va á llorar, lo hemos llamado y no responde. Mas ay ! ella conserva la esperanza que falta al alma mía ; ella sueña con verle al fin de la jornada, y, fortalecida con esta creencia, sufre menos. Delirios de la fe, tiernas visiones que forja en nuestro bien el misticismo. Ella los conserva puros y se duerme al arrullo de sus falsas promesas. Ay ! quién pudiera, como ella, soñar con la esperanza.

Permanecemos largo rato delante de aquella tumba....
La eternidad velaba sus arcanos.

La eternidad ! Misterio incomprensible que en vano quiere descifrar el hombre !

Es la muerte una aurora ?

Es noche eterna ?

¿ Es una playa oscura donde nos despedimos de este mundo para embarcarnos en un mar desconocido,

O es un abismo en que se precipita la humanidad ciega para no salir jamás ?

De tanta sombra y tanta luz como pueblan las religiones ese mundo desconocido, hay algo cierto ?

O es lo inmortal quimérica visión que se ha forjado el alma en su delirio cuando se rebela á morir ?

Son espejismos del espíritu viajero en el ancho desierto de la vida ?

Ay ! quién lo sabe !

El pensamiento lucha en vano, se levanta como ágni-

la caudal tendiendo su vuelo á lo infinito, y se alza, y se alza . . . y navega en las regiones de luz de la Filosofía, y sigue, y entra en las regiones oscuras de la duda, y lucha allí con las tempestades de la conciencia! Y las tormentas arrecian, y al fin cae desfallecido, rotas las alas, sin aliento, y mudo . . .

De aquel hombre que íbamos á visitar, qué queda ya?

Las creaciones de su espíritu majestuoso, las obras de su gran corazón, qué se han hecho?

Sólo queda un hogar embellecido por las virtudes de su esposa y la inocencia de sus hijos! Dulce nido de alondras que ilumina el sol apacible de la paz doméstica. Allí se oye siempre una plegaria por el padre muerto, y se cuidan las castas sensitivas, las inmortales y las blancas flores con que se ha de adornar su sepultura.

Quiera el cielo proteger aquel nido sagrado, y que las tempestades del mundo pasen sobre él sin marchitar uno sólo de los ramos que lo cubren, ni ajar una sola de las plumas que le da calor.

Las sombras de la noche habían cubierto el firmamento cuando abandonamos el panteón. Tú estabas sereno y triste como sereno y triste estaba el cielo; se marcaba en tu fisonomía aquella resignación tranquila que da la convicción y no la fe. El estudio con que has nutrido tu espíritu privilegiado te ha hecho fuerte.

Abandonaste aquel lugar con la convicción perfecta de que no volverías á ver jamás á aquel que fué el mejor de tus amigos y el más cariñoso de tus parientes. Pero tú velarás siempre con cariño por su esposa y por sus hijos, mientras la patria vela el hogar enlutado del que fué su legislador, su guerrero, y el modelo más acabado del ciudadano esclarecido y el caballero leal.

J. M. VARGAS VILA.

DISCURSO

DE

DEL SEÑOR DOCTOR LUIS IZQUIERDO.



Señores. Vengo á este cementerio á despedirme de un padre ; sólo, pues, traigo en mis labios lo que guarda el corazón en su fondo : mares de sentimiento y de profunda tristeza.

ABDÓN, adios ! mi cariño no se medía en los estrechos límites de un interés mezquino ; mi cariño se desata y desarrolla en el porvenir de tus hijos. Las lágrimas que he vertido sobre tu cadáver no serán las últimas ; ellas volverán á mis ojos, con tu memoria, á dondequiera que me lleve el destino.

ABDÓN ! si hubieras podido llevar á la práctica lo que tu imaginación forjaba en mi favor, yo hubiera tenido un trono ; pues bien, aquí dentro del pecho lo alza mi gratitud para ti ; aquí vivirás conmigo, y, en la medida de mis fuerzas, velaré por los pedazos de tu alma que quedan en la tierra.

Jamás alcanzaré á mirar sin vértigos la altísima elevación moral de tus grandes cualidades, hombre inmaculado. La nobleza de tus sentimientos ; tu carácter incontrastable en el camino del bien ; tu honradez inimitable ; el amor á tu esposa y á tus hijos ; tus extremos de hijo y de hermano ; la benevolencia y caridad que te distinguían para con el pobre, desvalido y enfermo ; tu lealtad para con tus amigos ; tus servicios como militar y como hombre civil á la causa de la República, en sus momentos de prueba, porque para ti no había peligros, ni ahorrabas sacrificios en servicio y por amor á la patria ; tu porte de buen ciudadano, demostrado con mi-

llares de hechos en el curso de tu vida pública; todo esto, y mil condiciones más de tu meritoria vida, forman la primorosa corona que legas á tus hijos al descender al sepulcro.

Este pueblo y las sociedades todas en cuyo seno viviste, son testigos de mis aseveraciones últimas. Las lágrimas que este pueblo derrame no serán nunca bastantes para pagar el tributo de admiración, gratitud y respeto á que te hiciste acreedor, por las vigiliass que causaron en ti su progreso y desarrollo, por las lágrimas que enjugaste, por los dolores que aliviaste; porque cada uno de sus hijos era una unidad de cariño, y el todo, objeto primordial de tus atenciones y constantes cuidados.

La moralidad de este pueblo está ya reconocida en todos los otros pueblos del Estado, porque, señores, preciso es decirlo, en el curso de muchos años el sol no ha alumbrado en este suelo bendito los sangrientos y desoladores rastros que deja el crimen á su paso. Y, á quién se debe esto en primer término, sino al hombre que venimos á dejar en este panteón, y para el cual no tenemos en estos momentos, al depositarlo en esta soledad, lágrimas bastantes con qué rociar su tumba?

Pueblo! continuad en el camino que con mano paternal os trazó este hombre extraordinario; honrad de esta manera su memoria, y sus frías cenizas se estremecerán de gozo.

ABDÓN! al poneros la naturaleza en entredicho con tu pueblo, con tu familia y con tus amigos, dejas profundas simpatías; y si el invierno nivela la tierra fecundada y surcada por el trabajador, ni el invierno de la vida, ni la ausencia, ni el tiempo, cambiarán la faz de mi alma, ni borrarán las señales indelebles de tus inmensos beneficios, ni las profundas huellas que, al pasar,

ha dejado en ella el, á cada momento, creciente dolor que aquí siento, cuando pienso que no existes yá.

Adios, ABDÓN!! voy á llorar con tu esposa y con tus hijos!!

DISCURSO DEL SEÑOR D. PAULO MURILLO I.

PRONUNCIADO ANTE EL CADAVER DEL GENERAL

ABDÓN ALBARRACÍN.

Señores. Acibarada mi alma por un gran dolor, ocupo por vez primera la tribuna fúnebre para depositar una lágrima en la fosa del más leal y noble de mis amigos, y también para colocar una corona de inmortales en la tumba de un ciudadano que consagró su existencia al servicio de su patria y dió ejemplos de desinterés y abnegación.

La guadaña de la muerte al segar la preciosa existencia del General ABDÓN ALBARRACÍN, ha conmovido dolorosamente la sociedad; porque si bien es cierto que la muerte es un hecho natural que á todos cobija y á nadie debe sorprender, cuando ella hiere al tierno padre de familia, al amigo sincero, al invicto ciudadano y al soldado de la República, es muy justo que el pueblo, sin distinción de clase social ni de partido, deplora tan desgraciado suceso. Por eso vemos aquí en derredor de este féretro lágrimas y coronas de todos los que comprendiendo que la virtud debe premiarse, la estimulan, presentándole en ocasiones como ésta su tributo de admiración y de respeto.

Dichosos los que, como ABDÓN, al desaparecer de la escena de la vida, sólo dejan tras sí, en el hogar, una familia inmaculada; en la amistad, recuerdos de bondad y consideración; y en la vida pública, ejemplos de virtud

y heroísmo que nos recuerdan la grandeza de los egregios varones de las antiguas Grecia y Roma.

Yo que fuí testigo de sus más íntimos pensamientos; de su interés por la civilización y mejora del pueblo; de su caridad y de sus ideas progresistas y morales en todo sentido, no puedo menos de deplorar el aciago momento en que esa ley terrible que pesa sobre la humanidad tronchó su existencia.

Quién conoció á este malogrado amigo, que no sintió por él ardientes simpatías? Quién no fué objeto de sus atenciones y finezas? Quién no vió en él al ínclito servidor de la causa pública, que ofrendaba su sangre, sus intereses y su tranquilidad á sus principios, sin ambiciones y sin odios?

ABDÓN ALBARRACÍN era el tipo del caballero y del patriota. A los hombres como él debemos honrar é imitar.

Amigo mío! allá en las regiones de la inmortalidad y de la gloria ocuparás el puesto á que tus actos te han hecho acreedor. Recibe aquí mi adios y mis lágrimas, lágrimas de gratitud; ellas me recordarán tus consejos en todas las ocasiones de mi vida, señalándome siempre el camino del deber y del honor: por él siempre me guiaré; que tu espíritu me inspire.

Adios, ABDÓN!

DISCURSO

DEL SEÑOR GENERAL SALUSTIANO CHAPARRO.

Ved aquí, señores, la desnuda solución del drama humano!

Drama que tiene dos diversas facetas: la primera corresponde á la novela; la segunda es del dominio de

la historia. No quiero ser enigmático, ó acaso partidario de la metafísica: es que, en consonancia con mis sentimientos y forma natural de raciocinio, nada de extraño vislumbro en las transformaciones indicadas por la misma naturaleza.

Nacer y morir son dos tránsitos tan naturales y necesarios, como necesarios y naturales son el alimento y el sueño.

¿Por qué amilanarnos, cuando el señor General ABDÓN ALBARRACÍN ha recorrido ventajosamente, y sin más tropiezo que el de la dolencia humana, el sendero que todos hemos de trillar?

¿Por qué arredrarnos, cuando la familia del señor General ALBARRACÍN abriga la conciencia íntima de que fué modelo completo de hijos, de padres y de esposos?

¿Por qué sobrecogernos sus amigos personales, cuando su sentimiento amistoso y personal, siempre excedió á las exigencias personales y amistosas?

Y, por qué contristarnos sus amigos políticos, cuando nos fortalece el ejemplo de sus virtudes cívicas, ó su distintivo de patriota incontrastable y abnegado; cuando habrá de reanimarnos su carácter desprendido de propias ambiciones; cuando hemos de recordarlo, como era, fogoso en las refriegas, sereno en el peligro, y magnánimo toda vez que el laurel y sus ramajes le comunicaron el ambiente de la victoria?

¿Por qué, en definitiva, hemos de sentir pena, si el General ALBARRACÍN fué tan feliz en la paz como en la guerra, ora contemplando los suspiros de su esposa enamorada, ó enjugando el dulce lloriqueo de sus tiernos ó infantiles hijos, ó consolando y dando alivio á las penalidades de sus convecinos, ó empuñando, ya el instrumento del labrador, ó ya la espada de la Justicia, en todas ocasiones feliz y triunfadora?

Señores. Medio siglo de benéfica existencia del General ALBARRACÍN, fué la novela de su vida. Señores, la historia positiva de aquella vida se reduce á meditarla sobre este catafalco !

El General ALBARRACÍN tan solo ha obtenido una ventaja en la jornada.

Paz á sus restos !

MI ADIOS !

En el sombrío sendero de la vida, casi siempre viene alguién á brindarnos su brazo y con él su corazón.

Tener su brazo es conseguir su apoyo.

Tener su corazón, es tener su amistad, es decir, todo su *yó*. Entonces ya el sendero es un camino fácil y seguro en la tierra de la expiación. Es seguro, porque la amistad es una virtud que sintetiza todas las virtudes.

¿ Quién no se ha sentido fuerte ante las veleidades sociales, cuando en el altar de la amistad no se extingue su brillante llama, que lo vivifica todo, que todo lo ennoblece y que forma del hogar el *sancta sanctorum* del amor supremo ?

Cuando un amigo desaparece, deja recuerdo dulce pero martirizador ; sublime en sus goces, cruel en sus agonías.

Perder un amigo es desaparecer la fulgente estela que nos guía en la noche de nuestros pesares e infortunios.

Oh ! vosotros, los que habeis perdido un amigo, tratad de cubrir su faz con el crespón de lo inolvidable !

Lo conseguireis ? Mientras más lejos, más crece el sentimiento, más se aviva la esperanza ; porque morir

solo es transformarse, es seguir la escala de la perfección infinita.

Y este sentimiento que tortura y no mata, que toma en nuestro corazón la forma paradisaica, con todos sus encantos y perfumes, tórnase en holocausto, semejante á la ánfora que llevó la pecadora á los pies de Jesús.

Es natural que en estos corazones de oro, la veste del patriotismo sea su gemela, porque el patriotismo es el fuego sagrado en que se funden los genios inmortales y que encierra el más sublime de nuestros idilios. Es el amor al servicio de la humanidad.

Estas reflexiones nos han ocurrido con la muerte de nuestro inolvidable amigo el General ABDÓN ALBARRACÍN.

Quién era el General ALBARRACÍN ?

Corría el año de 1852 cuando lo vimos en los claustros del colegio de Boyacá. Ambos cursábamos allí humanidades; y fué allí donde, en el doble carácter de amigos y condiscípulos, nuestros vínculos se estrecharon como se adhiere el molusco al peñasco. Más tarde, el colegio del Rosario le abrió sus puertas y allí terminó sus estudios, teniendo por maestros á Zaldúa, Rójas Garrido, Murillo y al entonces libérrimo Samper.

En 1854 tuvo una ingerencia directa para proporcionar á Obaldía su salida clandestina de la capital de la República, con el objeto de encargarse del Poder Ejecutivo, cuando Melo representaba su melo-drama.

Retirado nuestro amigo á la vida privada, se entregó á la industria pecuaria, y su presencia en Casanare le facilitó el modo de difundir algunos lijeros conocimientos entre aquellos hijos de la patria de Rondón, de Pérez y de Mellado.

En 1860, cuando el sufragio iba á ser eliminado con un simple ukase, puso solamente á disposición de los

defensores del honor nacional, por el mal estado de su salud, una parte de su capital.

Solo en los momentos de conflicto para la patria se le veía ejercer algún puesto público, como Jefe departamental, Diputado á la Asamblea legislativa, Representante al Congreso nacional, ó bien como ciudadano armado.

Sin cobrar raciones, ajustamientos ni suministros; sin aceptar el agio, ni las contratas que en tal forma sirven de máscara á los especuladores, siempre ocupó la vanguardia de los verdaderos republicanos.

Pasado el peligro, como otro Cincinato, volvía á su hogar. Si en esto hay algo que supere á la virtud de un romano, es, sin duda, lo que da forma típica á un verdadero colombiano.

Este patriota sin ostentación, este amigo noble y generoso, despojado del egoismo del magnate, solo supo amar á su patria, á su hogar y á sus amigos.

Deja una viuda y tres niños. Estos tendrán, no muy tarde, la satisfacción de conocer que tuvieron un padre cuya vida legendaria les proporcionará ratos de solaz al leer aquellos rasgos que solo hallamos en los hombres de Plutarco.

.....
.....
CASIMIRO LEAL LA-ROTTA.

ANTE LA TUMBA

DEL SEÑOR ABDÓN ALBARRACÍN.

Yacen aquí tus restos, caro amigo!
Yo que de tus acciones fuí testigo
Y obtuve tu amistad,

Vengo á verter sobre este polvo santo
Las gotas temblorosas de mi llanto
 En triste soledad ;
Soledad que, cual genio funerario
De estas tumbas, condúceme al santuario
 De místico dolor,
Donde, pensando en mi angustiosa vida,
Gimo, y recuerdo tu amistad querida
 Con gratitud y amor.
¿ Esa amistad no existe ? ¿ En esta fosa
Extinguióse la estrella más hermosa
 Que me alumbraba ayer ?
¿ Murieron con tu cuerpo en un momento
El destello de Dios, el pensamiento,
 Afectos y placer ?
¿ No existe tu alma, ese ente que pensaba
Y amante y generoso contemplaba
 Del pobre la aflicción,
Y consoló mi corazón doliente
Con su verbo fecundo y elocuente
 En horas de expansión ?
Existe, sí, que Dios nunca anonada
A su criatura predilecta, amada ;
 El alma es inmortal :
La razón nos lo enseña, y lo proclama
La virtud cuando pena entre la llama
 Que enciende el criminal ;
La virtud nos lo dice y lo pregona
Cuando arranca y marchita su corona
 El crimen vencedor ;
Aun el mismo malvado nos lo cuenta
Cuando al pobre infeliz roba y afrenta
 Y goza sin rubor.
El alma es inmortal ! por eso vengo

Reverente y piadoso y me detengo
En este sitio á orar.
No turbe mi plegaria tu reposo ;
Contempla compasivo y amoroso
Mi fúnebre pesar.
Llora tu esposa, y ay tus hijos lloran !
Y sus preciosas lágrimas decoran
Tu lecho funeral.
Yo también lloraré, porque ha absorbido
Al amigo más fiel y más querido
Abismo sepulcral.
Me estoy quedando solo en este mundo,
Campo escabroso de dolor profundo :
Quisiera ya morir,
Y recorrer el infinito cielo
A do el alma dirige raudo vuelo
De este mundo al salir.
Ya mi vida tocando está á su ocaso,
Y va rompiendo de la tierra el lazo
Mi triste corazón.
Quién irá á visitar mi pobre fosa,
Quién verterá una lágrima en la losa
De mi postrer mansión ?
Reverente me inclino ante esta tumba
Do feble, melancólico retumba
El eco de mi voz.
ABDÓN ! ABDÓN ! Lloroso y solitario
Me ausento de este tétrico sagrario :
Adios, amigo, adios !

Gámeza, Noviembre de 1884.

MATEO DOMÍNGUEZ E.

ACTOS OFICIALES.

DECRETO número 43, por el cual se honra la memoria del General Abdón Albarracín.

EL PRESIDENTE DEL ESTADO DE BOYACÁ

CONSIDERANDO:

1.º Que el señor General ABDÓN ALBARRACÍN, que ha fallecido en la ciudad de Sogamoso el 10 del mes en curso, se distinguió desde el año de 1853 á 1857 en el colegio del Rosario como defensor de las ideas políticas consignadas en nuestras instituciones actuales;

2.º Que para el planteamiento de ellas prestó, en el año de 1860, importantes servicios como Jefe departamental de Tundama;

3.º Que durante la guerra de 1876 y 77 fué defensor de la legitimidad, y armó á sus espensas un escuadrón para tal objeto, sin cobrar nunca ajustamientos militares;

4.º Que fué Diputado á la Asamblea legislativa en tres períodos distintos y Representante al Congreso nacional en los de 1876 á 1877 y 1882 á 1884, puestos en los cuales sirvió con desinterés y patriotismo; y

5.º Que fué eficaz y decidido colaborador de la instrucción pública,

DECRETA:

Art. 1.º El Gobierno del Estado reconoce los valiosos servicios prestados á esta sección de la República por el General ABDÓN ALBARRACÍN, deplora su muerte y honra su memoria.

Art. 2.º La banda del Estado ejecutará en la plaza de San Francisco una retreta fúnebre, en señal de duelo por tan infausto acontecimiento.

Art. 3.º Un ejemplar autógrafo de este decreto se

enviará á la señora viuda del finado, y se publicará en hoja volante y en el periódico oficial del Estado.

Dado en Tunja, á 15 de Noviembre de 1884.

PEDRO JOSÉ SARMIENTO.

El Secretario de Gobierno,

José M. Pinto V.

ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA—ESTADO SOBERANO DE
BOYACÁ—PRESIDENCIA DE LA CORPORACIÓN MUNICIPAL.

Número 122.

Sogamoso, 1º de Diciembre de 1884.

A la señora Adriana Camargo de A. y familia.—Gámeza.

La Municipalidad que tengo el honor de presidir, en su sesión de ayer, aprobó por unanimidad de votos la siguiente proposición :

“La Municipalidad de la ciudad de Sogamoso lamenta la muerte del ciudadano General ABDÓN ALBARRACÍN, y recomienda á los habitantes de ésta, un recuerdo á su memoria y un voto de aprobación á sus virtudes cívicas.”

Lo que transcribo á ustedes para su conocimiento.

De ustedes atento servidor,

AGAPITO PÉREZ.

NOTA.—La Municipalidad del distrito de Gámeza, en sesión celebrada el 16 de Noviembre de 1884, también decretó honores á la memoria del señor ALBARRACÍN; y el *Diario de Cundinamarca* y *La Sanción* de Tunja, expresaron la condolencia de sus redactores por la muerte de tan distinguido ciudadano.

M. D. E.